

vinidades, ya en el templo de Júpiter, ya en sus inmediaciones. Todos ellos estaban adornados con festones y guirnaldas, y todos los fueron regando sucesivamente con sangre de las víctimas. Empezaron por el altar mayor de Júpiter, colocado entre el templo de Juno, y el recinto de Pélope; pues este es el objeto principal de la devoción de los pueblos; y donde los Eleenses ofrecen diariamente sacrificios, y los extranjeros en todos los tiempos del año. Está puesto sobre un basamento cuadrado, al cual se sube por escalones de piedra. Se halla allí una especie de terraplen, donde se sacrifican las víctimas: en medio está el altar de veinte y dos pies de altura*: se llega á su parte superior por unas gradas hechas de la ceniza de las víctimas, amasada con agua del Alfeo.

Dilatáronse las ceremonias hasta muy entrada la noche, y continuándolas al son de instrumentos, á la claridad de la luna, próxima á estar llena, con tal orden y magnificencia, que causaban á un mismo tiempo sorpresa y respeto. A la media noche, cuando se acabaron, la mayor parte de los asistentes, con un ahinco que dura todos los días de las fiestas, fueron á tomar sitio en el circo para gozar mejor del es-

* Veinte pies nuestros, nueve pulgadas y cuatro líneas: (24 pies, 2 pulgadas y 9 líneas de España.)

pectáculo de los juegos, que iban á comenzar con la aurora.

El circo olímpico se divide en dos partes, que son el Estadio y el Hipodromo. El Estadio es una calzada de seiscientos pies* de largo, y de anchura proporcionada: en él se hacen las carreras de á pie, y se dan la mayor parte de los combates. El Hipodromo está destinado á las carreras de carros y caballos. Uno de sus costados se extiende por una colina: el otro, un poco mas largo, lo cierra una calzada: su anchura es de seiscientos pies, su largo el doble**: sepáralo del Estadio un edificio, que se llama *Barrera*. Este es un pórtico, que tiene delante un patio espacioso, hecho en figura de proa de navio, cuyas paredes se van aproximando una á otra, y dejan en su extremo un paso bastante capaz para que puedan entrar muchos carros á la par. En lo interior de este patio se han hecho en líneas paralelas, varias cocheras para carros y caballos, las que se toman por suerte; pues unas están mejor situadas que otras. El Estadio y el Hipodromo están adornados con estatuas, altares y otros monumentos, en que

* Noventa y cuatro toesas y tres pies: (660 pies y 10 pulgadas de España.)

** Ciento ochenta y nueve toesas: (1,321 pies y 8 pulgadas de España.)

habian fijado la lista y orden de los combates, que habia de haber durante las fiestas.

El orden de los combates ha variado mas de una vez *: la regla general que ahora se sigue, es, dedicar las mañanas á los ejercicios que llaman ligeros, como son las diferentes carreras; y las tardes á los que llaman graves ó violentos, como la lucha, el pugilato, etc.

Al romper el dia fuimos al Estadio, que estaba ya lleno de atletas, preludiando á los combates, y rodeado de muchos espectadores: otros en mayor número, estaban puestos confusamente sobre la colina, que se presenta en anfiteatro, mas arriba de la carrera. Volaban los carros por la llanura: el ruido de las trompetas, y el relinchar de los caballos, se mezclaban con los gritos de la multitud; y cuando nuestros ojos podian distraerse de este espectáculo, y

* Este orden ha variado, porque continuamente se ha aumentado ó disminuido el número de los combates: y varias razones de conveniencia han causado otras mudanzas. El que yo señalo aquí, no es conforme á los testimonios de Xenofonte y de Pausanias; pero estos autores que no están del todo acordes entre sí, no hablan sino de tres ó cuatro combates, y no tenemos ningunos conocimientos de la disposicion de los demas. En esta incertidumbre, yo me he puesto de parte de la claridad, hablando primero de las diferentes carreras, ya de hombres, ya de caballos y carros, y despues de los combates que se daban en un espacio determinado, como la lucha, el pugilato, etc. Este orden es casi el mismo que pone Platou en su libro de las leyes.

comparábamos con los movimientos tumultuosos de la alegría pública el silencio y reposo de la naturaleza, ¡qué impresion no hacian sobre nuestras almas la serenidad del cielo, la deliciosa frescura del aire, el Alfeo, que en aquel sitio forma un ancho canal, y las fértiles campiñas que doraban ya los primeros rayos del sol!

Un momento despues vimos que los atletas interrumpian sus ejercicios, y tomaban el camino del recinto sagrado. Fuimos detras de ellos, y hallamos en la sala del senado á los ocho presidentes de los juegos con vestidos magníficos, y todas las insignias de su dignidad. Aquí fué donde al pie de una estatua de Júpiter, y sobre los miembros sangrientos de las víctimas, tomaron por testigos los atletas á los dioses, de que se habian ejercitado por espacio de diez meses en los combates en que iban á entrar; prometiendo ademas no usar de supercheria, y proceder con honor: sus parientes y maestros hicieron el mismo juramento.

Acabada esta ceremonia, volvimos al Estadio. Los atletas entraron en la barrera que está antes de él, se despojaron enteramente de sus vestidos, calzáronse unos borceguies, y se hicieron frotar todo el cuerpo con aceite. Los ministros subalternos andaban por todas partes así por el circo, como por la multitud de filas de espectadores para mantener el orden.

Luego que los presidentes ocuparon su lugar, dijo en alta voz un heraldo: « preséntense los corredores del Estadio. » Al punto salieron muchos, que se pusieron en línea, siguiendo el orden que les habia cabido en suerte. El heraldo recitó sus nombres y los de su patria; y cuando estos nombres habian adquirido lustre por algunas victorias anteriores, los realzaban con aplausos reiterados. Despues de esto añadió el heraldo: « ¿hay alguno que acuse á estos atletas de haber estado en prision, ó de haber tenido mala vida? » Un silencio profundo sucedió á estas palabras, y yo me sentí arrastrado de aquel interes que conmueve todos los corazones, y no se experimenta en los espectáculos de las demas naciones. En lugar de ver, al principio de la lid, unos hombres del pueblo, dispuestos á disputarse algunas hojas de oliva, yo no ví mas que unos hombres libres, que por el consentimiento unánime de toda la Grecia, se encargaban de la gloria ó deshonor de su patria, exponiéndose á la alternativa del vilipendio ó del honor, en presencia de millares de testigos, que llevarian á sus pueblos los nombres de los vencedores y de los vencidos. La esperanza y el temor se pintaban en las miradas inquietas de los espectadores, avivándose á proporcion que se acercaba el instante que habia de disparlas. Este instante llegó: la trompeta dió la señal; partic-

ron los corredores, y en un abrir y cerrar de ojos llegaron al término donde estaban sentados los presidentes de los juegos. El heraldo proclamó el nombre de Poro de Cirene, y lo repitieron mil bocas.

Este honor que lograba, es el primero y de mas lucimiento de los que se alcanzan en los juegos olimpicos; porque la carrera del Estadio simple, es la mas antigua de las que se han admitido en estas fiestas. En la sucesion de los tiempos se ha diversificado de varios modos: nosotros la vimos ejecutar sucesivamente por unos niños que apenas tendrian doce años, y por hombres que corrian con un morrion, un escudo, y una especie de botines.

En los dias siguientes fueron llamados otros campeones á correr el Estadio doble; es decir, que despues de haber tocado al fin, y dado vuelta á la meta, debian volver al punto de donde partieron. Estos últimos fueron reemplazados por otros atletas, que corrieron doce veces lo largo del Estadio. Algunos concurren á muchos de estos ejercicios, y ganaron mas de un premio. Entre los incidentes que despertaron por muchas veces la atencion de la asamblea, vimos algunos corredores eclipsarse, y esconderse de los insultos de los espectadores, y otros, que tocando ya en el término de sus deseos, se caian de golpe en un piso resbaladizo. Nos hi-

cieron reparar en algunos, cuyas pisadas apenas se imprimian en el polvo. Dos crotoniatas tuvieron suspensos los ánimos por algun tiempo: llevaban estos mucha delantera á sus adversarios; pero habiendo el uno hecho caer al otro empujándole, se levantó contra él un grito general, y fué privado del honor de la victoria; porque está expresamente prohibido usar de semejantes medios para proporcionársela; solamente se permite á los asistentes animar con sus voces á los corredores por quienes se interesan.

Los vencedores no habian de ser coronados hasta el último dia de las fiestas; pero al fin de su carrera recibieron, ó mas bien tomaron una palma que les estaba destinada. Este instante fué para ellos el principio de una sucesion de triunfos. Todo el mundo queria verlos, y felicitarlos: sus parientes, sus amigos y sus paisanos, vertiendo lágrimas de ternura y regocijo, los levantaban sobre los hombros, para manifestarlos á los asistentes, y los abandonaban á los aplausos de toda la asamblea, que esparcia sobre ellos flores á manos llenas.

Al dia siguiente fuimos muy temprano al Hipodromo, donde habian de correr los caballos y los carros. La gente rica es la única que puede darse á estos combates, que efectivamente requieren muchos gastos. En toda la Grecia hay

particulares que tienen por ocupacion y por cierto mérito, el multiplicar las castas de caballos á propósito para la carrera, enseñarlos y presentarlos al concurso en los juegos públicos. Como los que aspiran al premio, no están obligados á disputarlo por si mismos, muchas veces los reyes y repúblicas entran en el número de los concurrentes, y confían su gloria á escuderos diestros. En la lista de los vencedores se hallan, Teron, rey de Agrigento; Gelon y Hieron, reyes de Siracusa; Arquelao, rey de Macedonia; Pausanias, rey de Lacedemonia; Clitones, rey de Sicione; y otros varios, igualmente que muchas ciudades de la Grecia. Claro es que semejantes rivales han de excitar la mas viva emulacion. Ostentan una magnificencia, que quieren igualar los particulares, y á veces la exceden. Todavía dura la memoria de que en los juegos en que fué coronado Alcibiades, se presentaron en el Hipodromo siete carros á nombre de este célebre ateniense, y que tres de ellos ganaron el primero, el segundo y el cuarto premio.

Mientras aguardábamos la señal, nos advirtieron que mirásemos atentamente á un delfín de bronce, que estaba puesto al principio de la lid, y un águila del mismo metal, puesta sobre un altar en medio de la barrera. A poco vimos que el delfín se bajaba y escondia en la tierra, y que el águila se elevaba con las alas abiertas, y

se mostraba á los espectadores: y tras esto lanzarse en el Hipodromo un gran número de caballeros, pasar por delante de nosotros con la rapidez del relámpago, dar vuelta á la meta que está en la otra parte, detener unos su carrera, otros acelerarla, hasta que redoblando los esfuerzos uno de ellos, dejó atrás á sus competidores afligidos.

El vencedor habia disputado el premio á nombre de Filipo, rey de Macedonia, que aspiraba á todas las especies de gloria, y se sació de ella tan pronto, que pedía á la fortuna templase sus beneficios con una desgracia. En efecto, en muy pocos dias logró esta victoria en los juegos olímpicos: Parmenion, uno de sus generales, batió á los Ilirios; y Olimpias, su esposa, dió á luz un hijo, que es el famoso Alejandro.

Otros atletas, que apenas habian salido de la infancia, anduvieron la misma carrera; y tras esto se llenó de una multitud de carros, que se sucedieron unos á otros, tirados de dos caballos en una carrera, de dos potros en otra; en fin, de cuatro caballos en la última, que es la mas brillante y gloriosa de todas.

Para ver los preparativos, entramos en la barrera, donde habia muchos carros magníficos, detenidos por unas maromas atravesadas á lo largo de cada fila, y debian caer una despues de otra. Los que los guiaban, estaban vestidos con

una tela muy ligera: los caballos, cuya fogosidad apenas podian contener, llamaban la atencion por su hermosura, y algunos de ellos por las victorias que habian ganado. Dada que fué la señal, se adelantaron hasta la segunda linea, y reunidos de esta suerte con las otras lineas, se presentaron todos de frente al principio de la carrera. En el mismo instante se les vió cubiertos de polvo, cruzarse, tropezarse, arrastrar los carros con tal rapidez, que apenas podia seguirles la vista, creciendo su impetuosidad, al llegar delante de la estatua de un genio, que, segun dicen, los penetra de cierto terror interior; ó al oir el sonido de las trompetas, colocadas cerca de la meta, famosa por los naufragios que ocasiona. Puesta en lo ancho de la carrera, no deja para el paso de los carros mas que una garganta estrecha, en donde muchas veces se estrella la destreza de los conductores. El peligro es tanto mas temible, cuanto es preciso doblar la meta hasta doce veces: pues doce veces hay que correr lo largo del Hipodromo, sea yendo, sea viniendo.

A cada evolucion ocurría algun accidente, que excitaba los sentimientos de compasion, ó la risa injuriosa de la asamblea. Algunos carros habian sido arrojados fuera de la lid; otros se habian hecho pedazos al tropezarse con violencia; la carrera estaba sembrada de despojos, que au-

mentaban el peligro. Ya no habia mas de cinco competidores, un tesalo, un libio, un siracusano, un corintio y un tebano. Los tres primeros iban ya á doblar la meta por la última vez: el tesalo tropieza en este escollo; cae enredado en las riendas; y mientras sus caballos caen sobre los del libio, que iba cosido á él, y los del siracusano se precipitan en un barranco, que en este sitio está al lado de la carrera, mientras resuenan por toda partes mil gritos penetrantes, llegan el corintio y el tebano, aprovechan el momento favorable, pasan la meta, aguijan á sus caballos fogosos, y se presentan á los jueces, quienes dieron el primer premio al corintio, y el segundo al tebano.

Mientras duraron las fiestas, y en algunos ratos del dia, dejábamos el espectáculo, y recorriamos las inmediaciones de Olimpia. Ora nos divertíamos en ver llegar teorías ó diputaciones, encargadas de ofrecer á Júpiter los homenajes de casi todos los pueblos de la Grecia: ora nos admiraba la inteligencia y actividad de los comerciantes extrangeros, que venian á poner en venta sus géneros. Otras veces éramos testigos de las señales de distincion, que se daban ciertas ciudades unas á otras; y se reducian á ciertos decretos, concediéndose mutuamente estatuas y coronas, que se leian en los juegos olímpicos, á fin de que fuese tan

público el reconocimiento como el beneficio.

Paseándonos un dia á la sombra de árboles de toda especie, por las orillas del Alfeo, que estaban llenas de tiendas de diversos colores, vimos que un joven bien parecido estaba echando en el rio los pedazos de una palma que tenia en la mano, y acompañaba esta ofrenda con votos secretos: acababa de ganar el premio de la carrera, y apenas cumplia tres lustros. Preguntámosle el motivo, y nos respondió: este Alfeo, cuyas aguas abundantes y puras fertilizan esta comarca, era un cazador de Arcadia, que suspiraba por Aretusa; y ella huia de él, y para libertarse de sus importunaciones, se fué á Sicilia: ella fué trasformada en fuente, y él en rio; pero como no se apagase su amor, para coronar los dioses su constancia, le abrieron un camino por el seno del mar, y le permitieron en fin reunirse con Aretusa. El joven dió un suspiro al acabar estas palabras.

Volviámos á menudo al recinto sagrado. Aquí, los atletas, que no habian entrado todavía en la lid, buscaban en las entrañas de las víctimas, el destino que les aguardaba: allí los trompetas puestos sobre un altar grande, se disputaban el premio, único objeto de su ambicion: mas allá un monton de extrangeros puestos al rededor de un pórtico, escuchaban un eco, que repetia siete veces la palabra que se decia. Por todas

partes se nos ofrecian ejemplos notables de fausto y vanidad : porque estos juegos atraen á todos los que han adquirido alguna celebridad , ó quieren adquirirla por su talento , saber , ó riqueza ; y así vienen á exponerse á las miradas de la multitud , que corre siempre tras aquellos que tienen ó afectan tener alguna superioridad.

Despues de la batalla de Salamina , se dejó ver Temistocles en el Estadio , donde al punto resonaron los aplausos en su honor. Lejos de llevarles la atencion los juegos , todos pusieron en él los ojos todo el dia ; todos enseñaban á los extranjeros con voces de alegría y admiracion , aquel hombre que habia salvado la Grecia ; y Temistocles se vió precisado á confesar , que no habia tenido un dia mejor en toda su vida.

Supimos que en la primera olimpiada , habia logrado Platon un triunfo casi semejante. Habiéndose presentado en los juegos , toda la asamblea puso los ojos en él , y manifestó , con las expresiones mas lisonjeras , la alegría que inspiraba su presencia.

Nosotros fuimos testigos de una escena todavia mas tierna. Un anciano buscaba lugar donde colocarse , y despues de haber recorrido muchas gradas , repelido siempre con chanzas ofensivas , llegó adonde estaban los Lacedemonios : todos los jóvenes y la mayor parte de los hombres se levantaron con respeto , y le ofrecieron sus asien-

tos. Al instante se oyeron palmadas de aplauso por todas partes ; y el anciano enternecido no pudo menos de decir : « los Griegos saben las reglas de la buena crianza , y los Lacedemonios « las practican. »

Vi en el recinto un pintor , discípulo de Zeuxis , que á imitacion de su maestro , se paseaba vestido con un magnífico ropage de púrpura , sobre el cual estaba su nombre con letras de oro. En todas partes le decian : tú imitas la vanidad de Zeuxis , pero no eres Zeuxis.

Vi allí tambien un cireneo y un corintio , el uno haciendo la enumeracion de sus riquezas , y el otro la de sus abuelos. El cireneo se indignaba del fausto de su vecino ; este se reia del orgullo del cireneo.

Vi un jonio que con muy medianos talentos , habia salido bien de una negociacion que le encomendó su patria. Tenia tanta consideracion de sí mismo , como los tontos á los que se han levantado del polvo. Uno de sus amigos se apartó de él para decirme al oido : jamas hubiera él creído que fuese tan facil ser hombre grande.

Cerca de allí estaba un sofista con un vaso de perfumes en la mano , y una estregadera como si fuese á los baños. Despues de haberse burlado de la vanidad de los demas , subió á uno de los costados del templo de Júpiter , se puso en medio de la columnata , y desde este sitio elevado

decía al pueblo : ¿veis este anillo? pues yo le he grabado. Este vaso y esta estregadera los he hecho yo : mi calzado, mi manto, mi túnica, el ceñidor, todo lo he hecho yo : estoy dispuesto á leerlos poemas heroicos, tragedias, ditirambos, toda especie de obras en prosa, ó en verso, que yo he compuesto sobre todas materias: estoy pronto á hablar de música y de gramática, y á responder á todo género de preguntas.

En tanto que este sofista ostentaba muy satisfecho su vanidad, los pintores ponian en público las obras que habian acabado : los rapsodes cantaban trozos de Homero y Hesiodo; uno de ellos nos recitó un poema entero de Empédocles. Los poetas, los oradores, los filósofos, los historiadores estaban en los peristilos del templo, y en lugares eminentes recitando sus obras: unos trataban asuntos morales; otros elogiaban los juegos olímpicos, ó los de su patria, ó de los príncipes de quienes mendigaban la proteccion.

Cerca de treinta años antes, Dionisio, tirano de Siracusa, habia querido ganarse la admiracion de la asamblea : vinieron de su parte, y bajo la direccion de su hermano Teárides, una solemne diputacion, encargada de presentar ofrendas á Júpiter; muchos carros tirados de cuatro caballos para disputar el premio de la carrera; muchas tiendas suntuosas que se armaron en el campo, y una tropa de excelentes

declamadores, para recitar públicamente las poesias de este príncipe. Su habilidad, y la hermosura de su voz cautivaron al principio la atencion de los Griegos, preocupados ya con la magnificencia de los preparativos; pero cansados luego de esta insípida lectura, lanzaron los tiros mas sangrientos contra Dionisio; y llegó á tanto el desprecio, que muchos de ellos echaron por tierra sus tiendas, y las saquearon. Para colmo de la desgracia, los carros se salieron de la lid, ó se rompieron unos contra otros, y el barco donde iba la comitiva fué arrojado por la tempestad á las costas de Italia. Mientras en Siracusa decia el público, que los versos de Dionisio habian desgraciado á los declamadores, á los caballos y al barco, se defendia en la corte que la envidia seguia siempre al talento. Cuatro años despues envió Dionisio nuevas obras, y actores mas diestros, pero salieron mas ajados que los primeros. A esta nueva, se abandonó á los excesos del frenesí; y no teniendo otro recurso para aliviar su dolor, que el de los tiranos, desterró, é hizo cortar cabezas.

Seguimos con puntualidad oyendo lo que se leia en Olimpia. Los presidentes de los juegos asistian algunas veces, y el pueblo concurría con precipitacion. Cierta dia, en que al parecer escuchaba con mayor atencion, se oyó resonar por todas partes el nombre de Polidamas, y al punto